



## Título: De la amistad

Página 1 de \_ 5

José Luis Nogales Delgado

Categoría C: Adulto

Relato Corto

Este río comete cada amanecer, iluminado por los primeros rayos de sol desde la parte baja del curso como si prendiera una ráfaga de pólvora, la injusticia de dividir la ciudad en dos, Sevilla y Triana, para suscitar infantiles enfrentamientos. Si alguien vive en Triana y cruza el río, siempre dirá cuando regrese "me vuelvo para Triana"; los de la otra margen, que son sevillanos con el mismo gentilicio que los que cruzan a Sevilla desde aquella, suelen nombrar la calle a la que van cuando lo cruzan, como un intento de no dar importancia a esa división accidental y evitar una distinción que no aporta nada destacable en la personalidad de ningún paisano.

Diego Alemán tiene su estudio de pintura en la calle Alfarería, 8, en Triana. Un amplio apartamento que un común amigo de la nobleza sevillana, marqués para más señas, le alquiló con la fianza de un retrato y el compromiso de que, cuando venda algún cuadro, recuerde pagarle el alquiler. Me consta que, cada vez que ha cobrado alguna obra, ha cumplido su parte de ese contrato apócrifo.

Nos conocernos desde el instituto, donde conectamos rápidamente, admirando mutuamente lo que ambos éramos capaces de hacer con un bolígrafo Bic: él dibujaba paisajes y retratos con una facilidad maquinal, casi de un solo trazo, y yo combinaba palabras intentando retratar paisajes que se convirtieran en un relato coherente. Nadie puede definirnos como buenos estudiantes porque dedicábamos más tiempo a nuestras fantasías artísticas que a estudiar el temario. A Diego le decían Pato, por lo mal que llevaba lo de correr en gimnasia y llegó a identificarse tanto con el apodo que, cuando en algún examen era consciente de lo poco que lo había preparado, rubricaba el folio del departamento que fuera con el retrato perfecto del pato Donald. El profesor en cuestión sonreía y le recordaba que, para acceder a la Facultad de Bellas Artes, antes tenía que superar el bachillerato.

Añoro aquella libertad de la adolescencia, cuando lo único importante era lo que estabas haciendo en ese momento; te movías constantemente cruzando distintas fronteras y la despreocupación por los efectos que podía acarrear tu actitud transgresora era tan inocente que rozaba la inconsciencia.

"La única manera de sobrevivir en el presente con cordura es prescindir de comparar cualquier tiempo pasado con el día de hoy. Ya no podemos ser los mismos soldados de entonces. Esta batalla actual no puede ser librada con las armas ni las tácticas del instituto. Sobrepasados con holgura los cuarenta, el primer planteamiento es conocer tus posibilidades, delimitarlas y establecer

los parámetros de tu existencia. Así es más complicado, que no improbable, que alcances la frustración".

Esta disertación filosófica sobre la vida la tengo grabada a fuego en mi memoria desde que, hace unos días, Diego Alemán me invitó a cruzar el río y cenar en cualquier sitio, que siempre era el mismo.

— Hermano, tengo que hablarte de algo trascendental en mi vida y, sobre todo, en mi muerte.

Intenté contraatacar, porque gustaba de enviar mensajes que desembocaran en la estupefacción del receptor, y no soy capaz de encontrar chistes con rapidez, a pesar de haber nacido en esta ciudad tópicamente definida, aunque por ser quien era y el momento, lo intenté.

— ¿Vas a declararme heredero de tu fortuna?- fue la ocurrencia que encontré en el baúl del gracejo y maldita la gracia que tienen algunas frases cuando detectas que acabas de cometer la mayor estupidez de tu vida, al menos ese día.

—Es una manera de verlo...-me dijo y la sonrisa abocetada que buscaba en mi memoria pasó a ser un rictus trágico de plañidera.

Ni siquiera cruzando el río que, hasta hoy, conseguía oxigenar mis ideas acodado en el Puente, como si la corriente limpiara las impurezas de mi cerebro, imaginaba qué sería ésa tan trascendente que Diego necesitaba contarme.

La última novela que acababa de publicar, y que, como en todas, él era el diseñador de la portada, estaba ambientada en nuestra Guerra Civil. Cuando le dediqué su ejemplar -era de los pocos que leen mis novelas antes de enviarlas a la editorial- consiguió desconcertarme con su comentario. "Mi padre perdió esta guerra y me concibió demasiado mayor para aprender a quererme. Ahora me toca a mí perder la mía sin nadie que me llore más que tú". Y se fue, sin esperarme, hasta que me convocó ayer para cenar hoy. Tenía que seguir firmando libros para promocionar la novela y la cola que esperaba mi dedicatoria no me permitía abandonar y preguntarle qué había querido decir.

La impaciencia es un síntoma de debilidad e infantilismo, otra frase suya que ya ha dicho algún personaje mío, porque es mi forma de compensarle todo lo que he aprendido de él y ni siquiera es consciente de su docencia. Creo halagarlo cuando le confío que tal o cual personaje es

corno él -en todas mis novelas hay alguno inspirado en su figura, ya sea por su obra como por algún aspecto de su rica personalidad- y, cuando lee el borrador y le pregunto si se reconoce en lo que le he confesado, invariablemente contesta "Puede ser". El laconismo es otra de sus virtudes.

Me espera como siempre, acodado en la barra del restaurante Mariatrifulca, frente a un catavino helado con manzanilla aún. Nos darnos un abrazo fraternal aunque hace dos días que nos vimos. Pido otra manzanilla y brindamos por la cándida adolescencia.

La cena transcurre hablando sobre la presentación de mi novela, la concurrencia variopinta, aunque él dice que siempre predominan los esnobs capitalinos, lo contento que estoy con su portada que, a veces, es mejor que su contenido. Me riñe por mi modestia y admiración hacia su obra y sonreímos.

Tengo que reprimir mi impaciencia, que detecta mientras movemos la cucharita de nuestros respectivos cafés, porque nos conocemos desde hace más de treinta años.

— Tranquilo, Héctor, ahora con los gintonics será más fácil encontrar la fluidez de las palabras. Tampoco es para tanto.

Tres gintonics más tarde, cuando las pupilas ya aparecen veladas por la pátina de la indolencia que produce el alcohol, decide que va a afrontar el motivo de su enigmática invitación.

— He pretendido siempre ser pintor y te he dejado a ti que te enfrentes con las palabras que has dominado corno gran domador del idioma que eres. Así que no intentaré adornar la verdad: me muero, Héctor. Esas molestias que relacionaba con el abuso de la carne, no es otra cosa que un tumor en el páncreas, tan desarrollado que, antes de proceder con la cirugía, habría que tratarlo con quimioterapia...

Estaba anestesiado por la ginebra y sólo se me ocurrió la pregunta que había visto en las películas.

— ¿No vas a buscar otra opinión? -fue una reacción inconsciente, automática, fruto de la ingravidez en que me había sumido tras su confesión, como si hubiera sido arrojado de una nave en el espacio y estuviera flotando en la oscuridad de la noche.

— Nunca me ha gustado perder el tiempo. Si es un error, me llevaré una alegría, aunque no lo creo. Pero el verdadero motivo de invitarte a cenar no es la noticia del tumor, sino que quiero encargarte mi epitafio.

Su pasatiempo favorito era lanzarme frases, proverbios o propuestas que me dejaran pasmado. Sonreía cuando captaba que nuevamente me convertía en un náufrago. Aunque, esta vez, mi salvavidas de siempre me acababa de confesar, sin inmutarse, que se moría. Me siento mayor para aprender a nadar y a construir canoas con troncos y hojas. Soy un urbanita que vive en el centro de Sevilla, acostumbrado a los ruidos inoportunos, la polución, el tráfico condensado y las distintas maneras de inventarse una procesión que tienen los capillitas de mi ciudad con la que alterar el orden normal de los días. No suelo ir más allá de donde me llevan los cuadros de Diego Alemán y, probablemente, porque parto con la ventaja de que cuento con su brújula.

—No sé si seré capaz de hacerlo -digo como leve excusa: a estas horas ya no puedo pensar en lo que voy a contestar.

Me bebo el medio gintonic que queda en mi copa y pido otro para cada uno.

—Estoy seguro de que sí lo harás. No conozco a nadie más capacitado que tú para conseguirlo.

Diego no solía dar puntada sin hilo. Lo había preparado muy bien. Tenía medido el tiempo de la cita y supo encontrar el momento acorde en que el alcohol de la manzanilla, las dos botellas de Malleollus que envolvieron la cena y el descalabro, con traca incluida, de las ginebras, había disuelto toda la química de mi autodefensa que, ahora sí, con el golpe seco y sin matices de la noticia, no era más que el anuncio de la premeditada borrachera que Diego tenía prevista para digerir el fatídico diagnóstico.

A la mañana siguiente -de la misma forma que para mí no acaba el día a las doce de la noche, sino en el momento en que me voy a dormir, la mañana comienza cuando me levanto, si es de día, claro, aunque sean las tres de la tarde como ocurría esta vez-, sólo notaba que mi lengua estaba forrada de esparto y mis pestañas debían haber soportado algunas lágrimas de plomo porque eran muy pesadas para mis párpados, que tendían a cerrarse nuevamente.

Contaba a mi favor con la resistencia soviética de Diego con el alcohol, que parece no afectarle como a los demás, y que culmina con su paternal acompañamiento hasta un taxi al que da mi dirección y paga por adelantado la carrera, con lo que mi única preocupación es encontrar la llave del portal, subir hasta el primero y, una vez cerrada la puerta, llegar hasta la cama o no; para ello, mi cerebro tiene habilitado un dispositivo de piloto automático que no ha fallado hasta hoy, aunque no recuerde nada desde la quinta o sexta copa.

Me incorporo muy lentamente para no balancear mi cerebro y que el vértigo me tumbe contra las paredes o algún mueble, e intento recuperar lo que recuerdo de la fase sobria; y rompo a llorar al instante, como el prurito de la angustia contenida en la velada. Me tumbo de nuevo y miro al techo buscando respuestas, consecuencia previsible de la resaca, un estado de ingravidez en que asumimos la derrota de una batalla a la que juramos solemnemente -salvoconducto pagano de lo que se puede incumplir o profanar- que no volveremos a acudir: no volveré a tomar una gota de alcohol el resto de mi vida; no compensa la desmembración que me produce durante varios días por un ritual que, en sí mismo, no resulta placentero y que sus molestos efectos tardan tiempo en eliminarse.

Un epitafio. ¡Menos mal que el móvil estaba en el bolsillo del pantalón y éste en el suelo, junto a la cama! Llamo a Diego para que me diga que no tiene resaca, como siempre, y me confirme porqué se me ha venido a la cabeza esa palabra.

—Estoy aún en la cama, como si tuviera resaca -me dice, lo que confirma que debe estar enfermo, que algo no funciona con la corrección de antes en su organismo-. Sí, te encargué que escribieras el mío. Ya estabas borracho y no apto para montar un numerito. Sabía que, por la mañana, me llamarías para confirmarlo; pero entre tu disgusto y el mío, no te enfadarás -nos conocemos mejor que muchos matrimonios; no espera mi contraoferta.

Lo haré si tú pintas un cuadro, dedicado a mí, que se titule "Mi herencia".

— Acepto -siempre va por delante de mi pensamiento. Es como si Diego imaginara nuestros diálogos y tuviera todas las variantes estudiadas.

Conoce el proceso que sigo para escribir un relato y no intentará molestarme en los próximos días. Dejo macerar las ideas sin conseguir apartarlas de mi día a día. Intermitentemente esas ideas cruzan por mi pensamiento como flechas de fuego, al igual uno de los múltiples ensayos que hizo Antonio Rebollo en las Olimpiadas de Barcelona, hasta que alguno enciende el pebetero. Anoto algo en un papel y espero a que entre de pleno la noche: los crepúsculos sólo me sirven para purificarme, no me sugieren nada creativo. Reflexiono sobre la historia hasta que del macerado surge la primera frase y buena parte del relato; incluso, a veces, tengo el final antes que el relato.

No veo posibilidad alguna de encontrar un epitafio para Diego Alemán porque tendría que imaginarlo muerto y no soy capaz. Pero sé que el cuadro que va a pintar -mi encargo-, son dos piedras semienterradas en una ladera, con un río al fondo y un puente que pasa por debajo de la corriente de agua...